El Cuento Azul

publica semanalmente los mejores cuentos y novelas cortas de los más insignes escritores.

Ejemplar: 40 cts.



ROSITA EN EL CABARET

La Novela Sugestiva

ROSITA EN EL CABARET

por

PEDRO MORANTE

Ilustraciones de
M. RAMOS

9

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



ERO, *Pedrito, guapo, ¡no te enfades! ¡Si eso no tiene nada de particular! ¿Que por qué no te lo dije? ¡Qué sé yo! Por miedo a que me juzgases mal. Porque, ¡si supieras!... La palabra cabaret asusta demasiado a las gentes timoratas. De mí sé decir que allí no oí cosas más atrevidas que las que se escuchan en un taller de modistas, mientras las simpáticas obreritas le dan a la aguja. Y de lo demás, en el cabaret, como en cualquier otra parte, se da lo que se quiere dar y se acepta aquello que más conviene...*

—Entonces, Rosita, tendrás muchas cosas que decirme.

—Así, así...

—¿Me lo contarás todo, peponcita?

—Bueno.

—¿Sin dejar nada en el saquito?

—Sí...

—Pues anda, ve diciendo.

Y Rosita comenzó a narrarme su vida de tanguista.

Porque era el caso que mi encantadora amiguita me había ocultado cuidadosamente cómo, durante unos meses, a poco de emanciparse de su familia, entrara de tanguista en un cabaret. ¡Ella, que jurara decirme siempre la verdad, me había ocultado semejante cosa por una genialidad suya, que yo no tenía más remedio que perdonar, pues mi incomparable peponcita es digna de todos los perdones!

¡Rosita en el cabaret! Ardía ya en deseos de conocer sus aventuras. Y la escuché durante una hora entera, sin interrumpirla, recreándome en su cara de rosa, en la que la prominencia de sus dientes blanquísimos es un airón de juventud triunfadora que amenaza clavarse en la carne amada en una sádica delectación voluptuosa...

Rosita en el cabaret, ¿qué fué? Un rodar y rodar. No, no era ya la Rosita de las deliciosas aventuras picarescas en que su cuerpo virginal se escurría sutilmente en el momento definitivo, al contacto con el concupiscente pecado...

Y, luego de su relato, quedó mortalmente herida en mi corazón. Ya no veía yo la linda purpurina de sus alas. Ya mi genial peponcita se me aparecía casi como una vulgar vendedora de amor.

Las lágrimas acudieron a mis ojos, como en pena por la muerte de una ilusión. Y ella, que se diera cuenta de «su crimen», se me abrazó, pasional, diciéndome:

—Pero, Pedrito, mi vida, ¿es que ya no me quieres? ¡Qué mal hiciera yo en contarte todo esto!

Reaccioné. Y la dije, besándola mimosamente, en un beso casto, de perdón:

—No, peponcita, no. No has hecho mal. Sé siempre sincera, ¡siempre!, aun cuando me destroces el corazón... No hay cosa que más redima que el confesarse con el ser amado...





La idea nació en mí, Pedrito de mis ansias, como una consecuencia natural de mi manera de ser. Porque al huir de la insoportable tutela de mi casa, donde todos querían mandar en mí, como si yo fuese la criada o el perrito de la familia, me dije :

—¿A dónde iré para ganarme la vida de modo que mi virtud corra el menor riesgo posible?

Y en seguida me contesté :

—Pues a un cabaret, que, según dicen los mojigatos, es el antro del vicio. Allá es donde más segura he de estar.

Tenía muchas razones para resolverlo así. Mi inteligencia me decía que una chica del Metro, una taquimeca o cualquier otra obrerita por el estilo está más expuesta a caer bajo los asaltos de los hombres que la tanguista de un cabaret.

Y, no te rías, Pedrito picaresco, que te lo voy a demostrar con pocas palabras. Una taquimeca se encierra en una habitación para trabajar, en muchos casos con un hombre solo, que suele ser joven, lo que es peligroso, o que es viejo, lo que resulta todavía más grave. ¿Y crees tú que no arriesga una mucho más de esta manera, en la intimidad de un hogar, aislándose con un hombre, quizás junto a un lecho vecino, que, lanzándose en la vorágine de un baile, entre muchos hombres, con todas las puertas abiertas y sin la peligrosa vecindad de un lecho o de una invitadora *chaise-longue*? Y si de la taquillera del Metro se trata, ¿habrá manos que sean más tocadas, y rostros que sean más descaradamente examinados, y oídos que escuchen más salacidades de toda clase de gentes?

Desengáñate, Pedrito, donde menos puede ser uno robado es en la propia cueva de los bandidos, y la mejor manera de no ser pecador es siendo diablo. Además de que en este pícaro mundo cae la que quiere, sea donde sea.

nsiderando todo esto, decidí intentar fortuna
aret, donde, si sólo lograba conquistar
por lo menos podría mojarlo de
pán.

nto, porque cuando soli-
s como tanguista en uno
rets de la Corte, el encar-
dijo:
d con una oportunidad bom-

ba. Necesitamos tres muchachas. ¡Con decirla a usted que en este momento estaba redactando un anuncio para los periódicos, solicitándolas! Así que esta misma noche puede usted comenzar.

Y aquella misma noche, que era sábado por cierto, debuté como tanguista.

Primeramente, me encontré algo aturdida en aquel ambiente, para mí completamente inédito. La gente me molestaba como el zumbido amenazador de una colmena. Sonreía falsamente, más falsamente que nunca sonriera. ¡Y me costaba trabajo! Porque ya conoces, Pedrito, la sinceridad de mi alma.

El cabaret no me deslumbró. ¿Por qué habría de deslumbrarme? Demasiada luz, demasiado estrépito, demasiada velocidad en el vivir...

Y ahora escucha, Pedrito, mi primera aventura en el cabaret.

Fué en la tercer noche.

Mis compañeras me habían dicho:

—Rosita, a ver si tienes suerte con «tu primer hombre». Es el que decide. La que debuta bien, acaba por triunfar rotundamente. Pero la que desde el primer momento tiene mala pata...

Optimista, yo había contestado riendo:

—Ya veréis cómo yo acabo por enganchar a un príncipe ruso, por lo menos.

¡Y un príncipe ruso enganché, Pedrito! Pero...

Bueno, no adelantemos los acontecimientos, como dicen en los novelones por entregas.

Y, no te rías, Pedrito picaresco, que te lo voy a demostrar con pocas palabras. Una taquimeca se encierra en una habitación para trabajar, en muchos casos con un hombre solo, que suele ser joven, lo que es peligroso, o que es viejo, lo que resulta todavía más grave. ¿Y crees tú que no arriesga una mucho más de esta manera, en la intimidad de un hogar, aislándose con un hombre, quizás junto a un lecho vecino, que, lanzándose en la vorágine de un baile, entre muchos hombres, con todas las puertas abiertas y sin la peligrosa vecindad de un lecho o de una invitadora *chaise-longue*? Y si de la taquillera del Metro se trata, ¿habrá manos que sean más tocadas, y rostros que sean más descaradamente examinados, y oídos que escuchen más salacidades de toda clase de gentes?

Desengáñate, Pedrito, donde menos puede ser uno robado es en la propia cueva de los bandidos, y la mejor manera de no ser pecador es siendo diablo. Además de que en este pícaro mundo cae la que quiere, sea donde sea.

Considerando todo esto, decidí intentar fortuna en un cabaret, donde, si sólo lograba conquistar un pedazo de pan, por lo menos podría mojarlo de vez en cuando en champán.

Tuve suerte en mi intento, porque cuando solicité prestar mis servicios como tanguista en uno de los más lujosos cabarets de la Corte, el encargado del personal me dijo:

—Ha llegado usted con una oportunidad bomba. Necesitamos tres muchachas. ¡Con decirla a usted que en este momento estaba redactando un anuncio para los periódicos, solicitándolas! Así que esta misma noche puede usted comenzar.

Y aquella misma noche, que era sábado por cierto, debuté como tanguista.

Primeramente, me encontré algo aturdida en aquel ambiente, para mí completamente inédito. La gente me molestaba como el zumbido amenazador de una colmena. Sonreía falsamente, más falsamente que nunca sonriera. ¡Y me costaba trabajo! Porque ya conoces, Pedrito, la sinceridad de mi alma.

El cabaret no me deslumbró. ¿Por qué habría de deslumbrarme? Demasiada luz, demasiado estrépito, demasiada velocidad en el vivir...

Y ahora escucha, Pedrito, mi primera aventura en el cabaret.

Fué en la tercer noche.

Mis compañeras me habían dicho:

—Rosita, a ver si tienes suerte con «tu primer hombre». Es el que decide. La que debuta bien, acaba por triunfar rotundamente. Pero la que desde el primer momento tiene mala pata...

Optimista, yo había contestado riendo:

—Ya veréis cómo yo acabo por enganchar a un príncipe ruso, por lo menos.

¡Y un príncipe ruso enganché, Pedrito! Pero...

Bueno, no adelantemos los acontecimientos, como dicen en los novelones por entregas.

El caso fué que en mi tercera noche de cabaret, cuando me hallaba en brazos de Terpsícore, personificado a la sazón en un pollo de nuestra más distinguida sociedad, se me acercó discretamente Lola, la más traviesa de mis compañeras, y me deslizó aviesamente al oído:

—¿No decías el otro día, Rosita, que esperabas a un príncipe ruso? Pues ya ha llegado al cabaret. Allí, en aquella mesa, le tienes.

Y me señaló a un extremo de la sala, donde un hombre seco, alto, de ojos azules, tez coloreada y porte distinguido, inconfundiblemente eslavo, se hallaba.

Me estremecí, invadida de cierta emoción. ¿A que iba a resultar una realidad lo que yo pronosticara humorísticamente? ¡Tendría gracia!

En cuanto acabó el fox que me unía a mi ocasional pareja de baile, fuí a reunirme con Lola, quien me hizo pasar junto a la mesa donde se hallaba el que ella consideraba como príncipe ruso.

—No te creas que es una patraña—decíame Lola—. Me lo ha asegurado Asunción, que le conoce. Parece ser que se trata de un príncipe riquísimo, que es sumamente generoso con aquellas mujeres que le agradan. ¡Quién sabe! A lo mejor, si se fija en ti, hace tu suerte.

Y en mí se fijó el príncipe ruso aquel, Pedrito, porque al pasar junto a su mesa por segunda vez me dirigió una significativa sonrisa, a la que yo correspondí de una manera arrebatadora.

El príncipe se estremeció de pies a cabeza, sin duda alguna, por cuanto se levantó como movido por un resorte eléctrico, viniéndose hacia mí decididamente.

Tuvo tiempo Lola para decirme antes de que el hombre aquel se aproximase:

—¡Ya es tuyo! ¡Duro con él!

El príncipe ruso, envolviendo su demanda en una sonrisa, hizo con su espigado y largo cuerpo una elegante inclinación, y dijo:

—Si aceptase usted bailar conmigo, señorita, este chárleston que ahora comienza, me consideraría el hombre más feliz de la tierra.

Acepté sin palabras, en un amplio gesto de acogimiento, que hizo iluminarse las claras pupilas del eslavo.

Y nos perdimos entre el enjambre de parejas que bailaba el chárleston.

No hará falta decirte, Pedrito, que me hallaba profundamente emocionada. ¡Ahí era nada! ¡Hallarme en los brazos de un príncipe ruso! Porque yo así lo creí desde un principio. Y no se me ocurrió dudarlo ni un solo minuto. Aquel hombre, indudablemente, tenía tipo de príncipe ruso, mientras no se demostrase lo contrario. Tan sólo en un instante cruzó por mí la idea, que se desvaneció prestamente, de que aquella cara la había visto yo en alguna parte.

El príncipe ruso pareció prendarse prestamente

Enmudecí. Y el príncipe siguió dirigiéndome frases cada vez más apasionadas.

A la primera botella de champán sucedió la segunda.

El príncipe bebía dignamente, como corresponde a un hombre de su alcurnia, y era circunspecto en sus ademanes, sin osar sobre mí ninguna audaz caricia...

Al fin me declaró:

—Me gusta usted extraordinariamente. Y por obtener su amor diera yo la mitad de mi fortuna.

¡La mitad de su fortuna! Pensé que si ello fuera cierto, con la mitad de la fortuna del príncipe ruso sería yo tal vez inmensamente rica.

Le dije:

—¿Y su séquito? ¿Cómo ha venido usted tan solo?

El príncipe hizo un gesto desdeñoso para contestar:

—¡Oh! Estoy de incógnito. Además, en estos sitios me gusta disfrutar de una absoluta independencia.

Al fin, su mano derecha se posó suavemente sobre uno de mis muslos...

Me estremecí dichosamente, como poseída de un inmenso amor.

—¡Te adoro, Rosita!—murmuró suspirante el príncipe.

Perdí los estribos, Pedrito, al oír la pasional exclamación.

Y contesté, entregándome:

—¡Y yo también a ti, príncipe de mis sueños!

En aquel momento, el dúo operetesco parecía imponerse. Y como si la orquesta estuviese al tanto de nuestro idilio, comenzó en aquel instante, ¡oh, feliz azar!, el vals de *La viuda alegre*...

El príncipe, como movido por el impulso que diera a su personaje la musiquilla de Franz Lehar, levantóse de su asiento y abrióme, invitador, sus brazos, en los que me sumergí deliciosamente.

Bailamos.

Nunca como en aquel instante me sentí tan feliz. El calorcillo del champán, la voluptuosidad del vals, el sueño principesco en que me hallaba envuelta, me hacían entornar los ojos, borracha de felicidad, y apretarme contra el cuerpo de aquel hombre.

Un beso, boca contra boca, inacabable...

Todo mi ser vibró. Al abrir los ojos, que la intensidad de la dicha experimentada cerrara como en deslumbramiento, me encontré con el rostro picaresco de Lolita, que pasaba junto a mí, bailando. Nuestras miradas parecieron decirse:

—¡Te envidio, Rosita! ¡Eres la mujer más afortunada del cabaret!

—Es cierto, Lola. ¡El príncipe ruso de mis sueños se ha convertido en rotunda realidad, y me ama!

Terminado el vals, el príncipe Wladimiro y yo

de mí. Apenas terminado el chárleston, que bailara diestramente, me invitó a su mesa.

—Me agradaría beber en compañía de usted una botella de champán.

Yo acepté. Y, una vez instalados, comenzó a hablarme de mis encantos con una voz melosa y pertinaz, como el murmullo de un arroyuelo.

No hablaba mal el español, aun cuando su acento era inconfundiblemente exótico. Y hasta tenía cierta gracia en sus expresiones, matizadas de una cortesana elegancia.

Puede ser que, despojado de su deslumbrador título de príncipe, aquel hombre no me hubiese llamado grandemente la atención; pero cuando yo consideraba que quien me estaba dirigiendo palabras de elogio era nada menos que un príncipe, mi sangre se caldeaba y mi corazón latía más de prisa, al propio tiempo que ahogados suspiritos se escapaban de mi pecho.

De pronto, se me ocurrió preguntarle:

—Me han dicho que es usted príncipe.

—En efecto, señorita. Soy príncipe. El príncipe Wladimiro Milanovitch. ¿No le ha oído usted nunca nombrar?

—No—contesté llena de emoción, al tener ya la certidumbre de la alta estirpe del hombre con quien me hallaba en el cabaret.

—De la casa de los Milanovitch, estrechamente emparentada con la dinastía reinante en Rusia cuando sobrevino la catástrofe bolchevique...



—Me sumergí deliciosamente en sus brazos

Enmudecí. Y el príncipe siguió dirigiéndome frases cada vez más apasionadas.

A la primera botella de champán sucedió la segunda.

El príncipe bebía dignamente, como corresponde a un hombre de su alcurnia, y era circunspecto en sus ademanes, sin osar sobre mí ninguna audaz caricia...

Al fin me declaró:

—Me gusta usted extraordinariamente. Y por obtener su amor diera yo la mitad de mi fortuna.

¡La mitad de su fortuna! Pensé que si ello fuera cierto, con la mitad de la fortuna del príncipe ruso sería yo tal vez inmensamente rica.

Le dije:

—¿Y su séquito? ¿Cómo ha venido usted tan solo?

El príncipe hizo un gesto desdeñoso para contestar:

—¡Oh! Estoy de incógnito. Además, en estos sitios me gusta disfrutar de una absoluta independencia.

Al fin, su mano derecha se posó suavemente sobre uno de mis muslos...

Me estremecí dichosamente, como poseída de un inmenso amor.

—¡Te adoro, Rosita!—murmuró suspirante el príncipe.

Perdí los estribos, Pedrito, al oír la pasional exclamación.

Y contesté, entregándome:

—¡Y yo también a ti, príncipe de mis sueños!

En aquel momento, el dúo operetesco parecía imponerse. Y como si la orquesta estuviese al tanto de nuestro idilio, comenzó en aquel instante, ¡oh, feliz azar!, el vals de *La viuda alegre*...

El príncipe, como movido por el impulso que diera a su personaje la musiquilla de Franz Lehar, levantóse de su asiento y abrióme, invitador, sus brazos, en los que me sumergí deliciosamente.

Bailamos.

Nunca como en aquel instante me sentí tan feliz. El calorcillo del champán, la voluptuosidad del vals, el sueño principesco en que me hallaba envuelta, me hacían entornar los ojos, borracha de felicidad, y apretarme contra el cuerpo de aquel hombre.

Un beso, boca contra boca, inacabable...

Todo mi ser vibró. Al abrir los ojos, que la intensidad de la dicha experimentada cerrara como en deslumbramiento, me encontré con el rostro picaresco de Lolita, que pasaba junto a mí, bailando. Nuestras miradas parecieron decirse:

—¡Te envidio, Rosita! ¡Eres la mujer más afortunada del cabaret!

—Es cierto, Lola. ¡El príncipe ruso de mis sueños se ha convertido en rotunda realidad, y me ama!

Terminado el vals, el príncipe Wladimiro y yo

seguimos bebiendo champán. Ya el alba se hallaba próxima...

Mas yo hubiera querido que aquella noche fuera interminable.

Borracho de champán, borracho de mí, el príncipe me propuso:

—Rosita, quiero que seas mía. Tu príncipe no te podrá ya nunca olvidar. Mañana te obsequiaré con un espléndido regalo. Tendrás automóviles, lacayos...

No supe qué contestar. La emoción estrangulaba mi voz. Un magnífico regalo, automóviles, lacayos... Pero ¿qué maravilloso sueño de hadas me hallaba viviendo?

—¿Vamos?—me dijo lagotero, acercando su rostro al mío, hasta que nuestros alientos se confundieron.

—Vamos—dije toda llena de temblor de amor.

No era mi hora. Pero salí del cabaret sin advertir nada al encargado del personal. ¡Tratándose de un príncipe ruso!...

El automóvil del príncipe no nos esperaba a la puerta del cabaret. Como mis ojos le buscaran y Wladimiro se diese cuenta de ello, sonrió enigmático y me dijo:

—¿Qué buscas? ¿Mi automóvil? No le he traído. Como no me gusta que mis criados se enteren de mis andanzas... Tomaremos un taxi. Es lo mejor.

Y un taxi tomamos.

—¿Vamos a tu palacio?—le pregunté.

—Todavía, no. Nos conviene mejor dar un romántico paseíto por la Moncloa, arrullándonos al propio tiempo que nuestras cabezas se despejan de los efectos del champán.

El auto se puso en marcha. En pocos momentos nos hallamos en la Moncloa.

Fué para mí el más delicioso amanecer de mi existencia. La mañana era tibia, del mes de junio. El taxi marchaba lentamente, como en un desfile triunfal. Junto a mí, el príncipe me murmuraba palabras de amor, al propio tiempo que sus manos cantaban entre la suavidad de mis ropas íntimas el voluptuoso poema del tacto...

De cuando en cuando nuestras bocas se unían.

Y todo a nuestro alrededor era como un canto pasional a la naturaleza en flor.

¡Qué feliz me sentía, Pedrito de mi existencia! ¡Lo que emborracha la imaginación la idea de hallarse junto a un príncipe ruso!

Bajamos hasta Puerta de Hierro, retrocedimos luego en regreso hacia Madrid...

—Príncipe mío, ¿vamos ya a tu palacio?

Wladimiro sonrió indefiniblemente.

Y contestó:

—¡Oh, mi palacio! Yo no vivo en un palacio en Madrid, ni aun siquiera en un hotel, sino en una modesta casa de huéspedes.

Y como le contemplara con asombro primero y

luego con recelo, mi ensueño presto a quebrarse, el príncipe me explicó:

—No te asombres de ello, Rosita. Mi vida es muy misteriosa. Me hallo perseguido por los soviets y... ¿comprendes?... Necesito ocultarme.

—¡Ah!—dije reaccionando, convencida nuevamente, asiéndome otra vez a mi quimera.

Por eso, prevenida de esta manera, no me sorprendí cuando el auto se detuvo ante una casa de modesto aspecto de la calle de Quiñones.

Cuando me hallé en la alcoba de mi famoso príncipe, Pedrito, se me cayó el alma a los pies. Aquello no tenía nada de principesco. ¡Ni mucho menos! Una discreta cama de madera, un lavabo de escaso valor, la sencillez de una democrática mesilla de noche, un baúl, una percha, en la que se destacaba un gorro de astracán, y una asaz usada alfombrilla al pie del lecho. Ni más ni menos.

No tuve tiempo de abismarme en la desilusión que me invadiera, Pedrito, porque el príncipe se abrazó violentamente a mí y comenzó a besarme y a prodigarme las más desenfrenadas caricias.

Y me hundí en el torbellino de voluptuosa locura.

Cuando resucité entre los brazos pasionales del príncipe ruso y la reflexión se hizo en mí, comencé a escamarme grandemente.

Y no pudiendo contener ya mi desconfianza, dije al príncipe:

—Oye, Wladimiro, ¿no me estarás engañando?

—¿Por qué, Rosita?

—Porque no sé por qué cada vez creo menos que tú seas un príncipe ruso.

Wladimiro se puso muy serio, me estrechó pasionalmente contra su corazón y, luego de besarme largamente, me dijo:

—Rosita, te he engañado. En efecto, yo no soy un príncipe ruso, aun cuando haya nacido en el mismísimo Petrogrado. Yo... ¡yo soy el groom de Petrowska!

Lancé una exclamación de asombro, al propio tiempo que de reconocimiento. ¡Claro! ¡Por algo me dije en el cabaret que aquella cara la había visto yo en alguna parte. ¡Como la han visto todos cuantos paletos y madrileños paseen por la calle de Serrano!

El pícaro me confesó:

—Sí, Rosita. Yo soy el groom de Petrowska, que, harto de estar días y días a la puerta del establecimiento de té, vestido de máscara, curioseado por la gente como un bicho raro, me he gastado unas pesetillas que tenía ahorradas en correr una juerguecita cabareteña. Os oí decir en el cabaret que yo era un príncipe ruso y seguí la corriente. ¿No te he hecho vivir de este modo, encantadora Rosita, unos momentos de ilusión y de grandeza?

Y luego de una pausa, que aprovechara para lanzarse fuera del lecho:

—Te prometí un regalo, Rosita. Y aunque me

he quedado sin una peseta, que las últimas se las llevara el chofer del auto que hasta aquí nos condujera, voy a cumplir mi promesa. Toma...

Y me entregó el gorrito de astracán con que toca su pintoresca persona en la entrada del establecimiento de té.

Le contemplé interrogativa, llena de asombro, roto ya del todo mi ensueño, pero no rabiosa contra aquel ruso aprovechado, que me decía tendiéndome el gorro de astracán:

—Tómale. Es «el sello de mi grandeza», como tradujo no sé quién el final del *Cirano*. Es... *mon panache*, o mi penacho, como quieras. Es mi gorrito de astracán, que, como habrás podido observar más de una vez, me está de primera. Tómale en recuerdo de una noche ideal de cabaret. Seguramente será para ti una excelente mascota, que te hará encontrar quizás algún día el príncipe ruso a que aspiras. Tómale. Es cuanto puedo ofrecerte...

Acepté. Y besé de todo corazón al hombre aquel, a pesar de mi enorme desilusión. Aquel ruso era algo extraordinario, digno de haber nacido en la calle de Embajadores y de llamarse Manolo o algo así, en vez de Wladimiro, si es que Wladimiro se llamaba.

Y te confieso, Pedrito, que aun cuando esta aventura no me produjera ni un sólo céntimo, la reputo como una de las más fructíferas de mi existencia, porque fué rica en ilusiones, porque me permitió soñar. ¡Soñar, Pedrito! Y ya tú sabes

que hay muchos sueños que valen por rotundas realidades.

Por eso, cuando contemplo el gorrito de astracán, que aún conservo, y me recuerda esta aventura, sonrío feliz, como ante un pasado de dicha que no dejara sino una plácida estela.





QUEL hombre surgió para mí en el cabaret como el prototipo de la afabilidad. Y, desde el primer instante, me eligió entre todas mis compañeras. Era un hombre de unos treinta años de edad, muy simpático, moreno y de ojos negrísimos y muy expresivos, cuya mirada se extraviaba constantemente.

Me habló, desde el primer instante, con una dulzura cautivadora, prodigándome frases exageradamente familiares y de una acendrada dulzura, como si fuésemos ya esposos o amantes.

Su bondad, unida a su generosidad, me cautivaron. Porque apenas aceptara yo bailar con él, me invitó a beber champán y me demostró que era lo suficientemente rico para colmarme de cuanto yo pudiera desear.

Hacía gala de valiosas sortijas y todo en él ha-

cía sospechar una brillante situación. Por esta parte, aun recordando el episodio del groom de Petrowska, no experimentaba yo recelo alguno.

Tan sólo observara, sin darlas importancia, creyéndolas hijas de las dos botellas de champán, que entre los dos habíamos apurado, las siguientes incoherencias:

Bailábamos. Me tenía estrechamente enlazada. Su cuerpo se apretaba contra el mío premiosamente. Sus manos ardían. En su mirada había yo no sé qué tenebroso extravío. Cerraba y abría los ojos de vez en vez, suspirando y estremeciéndose con cierto ímpetu. Todo en él era fiebre y agitación. Yo pensaba:

—Es el deseo, mezclado con el alcohol, que le enloquece.

Y sonreí, confiada y hasta contenta, porque no hay mujer que no se sienta halagada cuando es el objeto de la codicia sensual del hombre, cuando despierta en él de una manera enloquecedora el deseo...

De pronto, acercando sus labios a los míos, me dijo con un acento de indefinible pasión:

—¡Bésame, María de mi vida! ¡Bésame! ¡Quiero recibir de tus labios el último beso de amor, antes de que tu vida se extinga!

Y me besó frenéticamente.

Quedé algo sorprendida, no tan sólo de sus frases y de su gesto, sino también del hecho de haberme llamado María, sabiendo positivamente

que llamábame yo Rosita, nombre que hasta ese momento de desvarío me diera.

Pero pronto olvidé el incidente por este otro:

Estábamos junto a la mesa, comenzando la tercera botella de champán. De pronto, él, tomando mis manos entre las suyas, febriles, me las estrechó apasionadamente y me dijo:

—Rosita, ¿te atreverías a casarte conmigo?

—¿Por qué no?—le contesté, creyendo su proposición sin serio fundamento.

—¿Rápidamente? ¿Muy rápidamente?

—Todo lo rápidamente que tú quieras.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Y con voz que la emoción estrangulaba, exclamó:

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias!

Y permaneció silencioso, mientras a su alegría sucedía en su rostro una gran mueca de dolor.

De improviso, me miró con odio, con un rencor como jamás yo contemplara en la mirada humana, que me hiciera estremecer de pies a cabeza, y agitándose en un temblor que obligó a castañetear a sus dientes, me lanzó:

—¿Y si me engañases?

—¿Por qué habría de engañarte?—le contesté.

—¡Qué sé yo! ¿Por qué engañáis las mujeres?

Y como seducido por la pregunta, se estrechó contra mí, y mirándome profundamente en los ojos, me dijo lleno de una enorme ansiedad:

—Sí, díme: ¿por qué engañáis las mujeres?

—¿Por qué engañamos las mujeres?

Me encogí de hombros, dubitativa, y le pregunté a mi vez:

—¿Y vosotros, los hombres? ¿Por qué engañáis?

Encogióse a su vez de hombros, sin saber qué contestarme, y dijo al fin:

—Yo no sé por qué engañan los hombres ni las mujeres; yo sólo sé que no podría engañar a aquella a quien yo quisiera con toda mi alma.

Y estalló en un gran sollozo, que me conmovió profundamente.

Luego, más tarde, el hombre aquel volvió a insistir:

—¿Tú no has engañado nunca a ningún hombre, Rosita?

—Nunca. Nunca, si le he querido de amor.

El permaneció silencioso, y luego me dijo:

—Tú te casarás conmigo, Rosita. Te haré feliz, y serás también muy dichosa, porque no carecerás de nada y yo te querré mucho...

Sonreí, incrédula, ante el lindo sueño.

Cuando ya la hora del cierre del establecimiento se iba aproximando, el hombre aquel me propuso:

—Ahora, cuando termines, me hallarás en la puerta, esperándote en un auto. Quiero llevarte a mi casa, puesto que aceptas ser mi esposa...

Aun cuando él lo dijera de una manera solemne, yo no concedí importancia a sus frases. Para mí, era aquella una manera, como otra cualquiera, de



—Quedé semidesnuda

conquistarme para pasar junto a mí unas cuantas horas de amor.

Y como aquel hombre no me disgustaba y, además, todo hay que decirlo, esperaba yo una espléndida remuneración por mi complacencia, acepté.

Efectivamente, cuando la hora de mi salida del cabaret llegó, mi extraño enamorado se hallaba esperándome en un auto a la puerta del establecimiento.

Diez minutos después, el vehículo se detenía ante una casa de moderna construcción de la calle de Génova.

Y ahora viene, Pedrito, lo más estupendo de esta extraordinaria aventura. No creas que voy a exagerarte lo más mínimo. Sucedió tal y como voy a contártelo. ¡Y aún me estremezco al recordarlo, porque el hecho es verdaderamente escalofriante!

Penetramos en la casa, y al llegar al primer piso nos detuvimos. Mi conquistador introdujo un llavín en la cerradura de la puerta, que se abrió, y penetramos en el interior de la casa, que parecía hallarse desierta, a pesar de su suntuosidad y amplitud.

Recorrimos varias habitaciones, yo un tanto cohibida, y llegamos a un gabinetito... *sui generis*. Verás, Pedrito. Voy a ver si puedo describírtele, tal como era.

Era... ¡Ah, sí! Ya voy recordando. Todo empapelado de azul, sin ningún cuadro. Un amplio diván de terciopelo escarlata, a cuyos pies se hallaba extendida la hermosa piel de un tigre. Una consola y, sobre ella, un pebetero, que humeaba lentamente, cargando la atmósfera de un enervador perfume. Una mesita en la que no había más que estos dos objetos: el retrato de una mujer hermosísima y una fusta. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Lo que más atrajera mi mirada: una camisa de seda negra, negligentemente extendida sobre una silla...

El dueño de la casa se había apartado a un lado de la habitación, y con la cabeza fija indefiniblemente en el suelo, parecía presa de una profunda preocupación. Al fin, sonriendo de una manera ambigua, posó en mí su mirada y me dijo, sin acercárseme:

—Desnúdate.

Lo frío de semejante escena llenóme de inquietud. Una mujer impúdica se desnuda en todas las situaciones en que se lo exijan. La que no es profesional del vicio, y yo, a pesar de todo, Pedrito adorado, no lo era, necesita que el fuego de la pasión consuma un naturalísimo pudor para decidirse a ejecutar ciertos gestos. Y permanecí inmóvil, como si no hubiese escuchado la invitación.

El volvió a decir, en el mismo tono solemne, como voz que saliese de ultratumba:

—Desnúdate.

Mi inquietud creció. Aquel hombre, cuya actitud hacia mí había cambiado radicalísimamente,

transformándose de dulce en autoritaria casi, comenzaba a inspirarme cierto terror.

Su mirada se dirigió hacia la mesilla donde se hallaba el retrato de la hermosa mujer y la fusta.

Volvió a decir, ahora ya con irritado acento, en el que la impaciencia se manifestaba abiertamente:

—Desnúdate.

—Pero...

Sus puños se crisparon. En sus ojos brilló una siniestra luz. Mi terror creció. Vencida—¡qué débil ha sido siempre tu pobre Rosita frente a los hombres, frente a la vida!—, comencé a desnudarme.

¡Oh! ¡Qué trabajo me costaba! ¡Cuán largo y penoso fué para mí el instante en que ello durara! Mis ojos se llenaron de lágrimas. Un estremecimiento de terror agitaba mi cuerpo...

Y él me contemplaba cada vez más iracundo, más impaciente, más ganado por yo no sé qué crueles instintos.

Al fin, quedé semidesnuda. Tan sólo la levedad de mi camisita azul, de batista, cubría mi cuerpo.

Debía de estar deliciosa. Mi belleza, en aquel dulce *deshabillé,* hubiese conmovido a cualquier hombre. En aquél parecía producir un efecto contrario. Sus manos temblaban. Su cuerpo, arqueado hacia mí, parecía presto a lanzarse furiosamente sobre mi carne para desgarrarla.

De nuevo quedé inmóvil, implorante, como pidiendo piedad a aquella fiera, a cuya guarida fuera conducida por sus cantos de sirena.

Pasó un buen instante, luego del cual mi tirano ordenóme:

—Ponte la camisita negra.

—¿...?

—La camisita negra que hay ahí, sobre esa silla.

Esta vez no me resistí. Su actitud era tan enérgica, tan decidida, que no me atreví a esbozar la más leve resistencia. Era su esclava, su más rendida esclava. Obedecí. Y fuí hacia la silla donde se hallaba la camisita negra y, desposeyéndome de la mía, me la endosé.

Lo que sucedió entonces, Pedrito, fué horrible.

Como si sólo faltara este detalle para que la cólera de mi tirano estallase vehemente, en cuanto me contempló con la camisita negra se dirigió rápidamente hacia la mesilla donde se hallaba la fusta y tomó ésta en la mano derecha, agitándola en el aire, como si quisiera probar su elasticidad antes de abatirla sobre mi cuerpo.

Dí un grito y poco faltó para que me desmayase.

—¿Qué va usted a hacer?—gemí.

Fuera de sí, él gritó:

—¿Qué? ¿No lo sabes? Voy a golpearte hasta que te quedes sin vida, por mala, por adúltera, por haberme engañado. ¿Qué te hice yo para que me traicionaras? ¿No te entregué mi nombre, mi amor y fortuna? ¿Necesitabas todavía más? ¿Qué

es lo que, por añadidura, ha podido darte el otro?

Comprendí. Estaba frente a un loco. Aquel hombre que me llevara hasta aquella casa tan sutilmente, con tan infinita dulzura, era un loco. Loco de amor. Un traicionado vaya usted a saber víctima de qué tragedia.

—¡Piedad!—supliqué, juntando implorante las manos.

—No, María, no . Tu crimen no merece piedad.

—¡Pero si yo no soy María!—grité desalada, como si quisiera convencerle de su error, devolviéndole, al propio tiempo, la razón.

El rió siniestramente.

—¡Me quieres engañar! Pero todo es inútil. ¡Muere!

La fusta silbó en el aire y se abatió seguidamente sobre mí.

Lancé un grito de dolor y comencé a pedir desesperadamente socorro.

El reía, reía. Y siguió golpeándome con furia, ajeno a mis ayes de dolor y a mis demandas de auxilio.

De pronto, inspirada por yo no sé qué idea, exclamé:

—¡Perdóname, bien mío, y seré siempre tuya!

¿Cómo dije aquellas o parecidas palabras? ¿Quién me las dictara? Indudablemente fué el miedo. ¿El miedo tan sólo o ese ángel protector que me ha guiado siempre invisiblemente por los caminos de la vida?

El caso fué que la mano del loco se inmovilizó, que sus ojos se abrieron cuan grandes eran, como si fueran a escapársele de las órbitas, y que, lanzando un gran grito de felicidad, se arrojó en mis brazos, llorando y diciendo:

—¡Perdóname, María, como yo te perdono a ti! ¡Y sé mía, sí, como yo seré siempre tuyo!

Y fuí suya, Pedrito. ¡Pero con un miedo! Jamás mi carne permaneciera tan fría en el abrazo de amor. Jamás pasara sobre mi cuerpo, con tanta furia, con tanto fuego, el soplo voluptuoso. ¡Nunca, Pedrito, he sido amada con tanto frenesí por los hombres cuerdos como aquella mañana me amara aquel loco, a quien, indudablemente, la traición de una esposa llevara a semejante estado!

Cuando el sueño se apoderara de mi tirano, me lancé fuera del lecho con infinitas precauciones, me vestí en un santiamén y abandoné aquella casa, donde, como a mi llegada, no me encontré con ningún ser humano...





RONTO en el cabaret llegué a ser, como si dijéramos, la reina de las tanguistas. Todas me confiaban sus secretillos, sus penas de amor, sus ilusiones. Y mis consejos eran atentamente escuchados y fielmente seguidos. Y si en mi casa, para mis hermanas, era «la que menos valía», la que debía servir a todas, mientras ellas iban fuera a servir de criadas a los demás, en el cabaret era el cerebro de aquellas lindas mariposuelas del placer, constituyendo entre todas una familia mucho más unida que la que componen muchos seres por cuyas venas corre la misma sangre.

Lolita, Asunción, Remedios, Concha, Milagros, Olvido y yo. He aquí el elenco del Madrid-Pigall, el más chic de los cabarets de la Corte.

Tres morenas, las que primero mencionara, y cuatro rubias, las nombradas subsiguientemente.

Mis predilectas, Lolita y Olvido. Eran las más inteligentes y de más noble corazón. Mas aquella cuya hermosura destacaba sobre la de todas, era, indiscutiblemente, Milagros. ¡Qué preciosidad de criatura! No quiero describírtela, Pedrito, porque nada he de adelantar con ello. Baste con que te diga que Milagros era una verdadera maravilla, digna de todos los éxitos que tenía en el cabaret, donde era de entre todas nosotras la más solicitada.

Olvido adoraba en Milagros. Era su espejo, su alma, su vida. Y aun cuando nada podía hallarse de pecaminoso en semejante idolatría, todas sonreíamos picarescamente al ver juntas a Milagros y a Olvido, en la calle o en el cabaret. Eran muy amigas, sí, pero tan sólo eso. Así, por lo menos, lo juraba y perjuraba Milagros.

Una vez que Milagros estuvo enferma, Olvido no se separó de la cabecera de su lecho durante cerca de una semana. ¿Qué pasó entonces? Milagros nos aseguró que nada de particular. Olvido fué para ella tan sólo una bondadosa hermana de la Caridad.

En otra ocasión, como Milagros se enjugase una lágrima de amor, de amor por un hombre, Olvido se puso pálida, asaltada por un dolor tan grande, que las que presenciaron la escena la creyeron a punto de desmayarse.

Y un día en que Milagros no acudiera al cabaret, Olvido pasó toda la noche inquieta y desazonada hasta el punto de que, al terminar su misión, se retirara con los ojos llenos de lágrimas y suspirando de un modo que inspiraba compasión.

—¡Una lesbiana! — exclamarás despreciativamente, Pedrito.

Pues te equivocas, guapo mío, porque precisamente te he contado todo esto, en que Olvido aparece pintada como tal, como preámbulo desorientador de lo que voy a agregar.

Y es que, una noche inolvidable para todas nosotras, vimos a Olvido apasionarse por un hombre. Pero apasionarse de una manera rotunda, entregándose toda entera. El tendría unos veinticinco años, moreno, guapísimo y adinerado, a juzgar por la facilidad con que allí en el cabaret dejaba ir billete tras billete.

Aquella noche, al parecer, Olvido no pensaba para nada en su amiga. Bailaba con el hombre aquel y le devoraba con la mirada, ciñéndose a su cuerpo en el baile con verdadero entusiasmo.

¿Qué extraños celos despertara en el corazón de Milagros la actitud de Olvido? No sé. El caso fué que la encantadora rubia se aproximó a la mesa donde Olvido y su pareja se hallaban apurando una botella de champán y entabló conversación con el hombre, con intención bien evidente de arrebatárselo a su amiga.

El hizo cara a las dos mujeres. Tanto la morena como la rubia parecían agradarle. Y hasta dijérase que las dos juntas le hubiera resultado mejor manjar.

Todas estábamos pendientes del desarrollo de tal aventura, y nos comunicábamos la una a la otra cuantos detalles, al pasar junto a la mesa en que ellos se hallaban lográbamos observar.

Y ahora viene lo inaudito, lo que a todas nos dejara con la boca abierta. Y fué que a la hora de retirarnos a descansar, Olvido y Milagros, y el hombre de quien tan grandemente parecían prendadas, tomaron juntos un auto.

Lolita dijo:

—¡Se van a acostar juntos!

Asunción insinuó:

—No. Irán a dejar a Milagros en su casa.

Pero la maliciosa Conchita declaró rotundamente, como si estuviese segurísima de lo que iba a suceder:

—El moreno ese puede con las dos. Y como Olvido y Milagros son tan buenas amigas. .

Yo me limité a decir:

—Lo que sea sonará. Después de todo, a nosotras nos tiene sin cuidado lo que suceda. Allá ellas.

—¡Que les aproveche!—lanzó Remedios.

Y el grupo que compusimos a la salida del cabaret para ver desaparecer a Olvido y Milagros con su común conquista, se disolvió, dirigiéndose cada una de nosotras a su domicilio, pero no sin dejar de preguntarnos en nuestro fuero interno:

—¿Qué sucederá?

Así que excuso decirte, Pedrito, con el interés

con que llegaríamos a la noche siguiente al cabaret, en espera de saber noticias, pues todas contábamos con que Milagros u Olvido nos harían conocer el final de aquella aventura.

Pero no fué aquella noche, ni en la siguiente, a pesar de cuantos medios pusimos para ello, cuando logramos saber lo que tanto aguijoneara nuestra curiosidad.

Y fuí yo quien arrancara el secreto a Olvido de esta manera:

—Olvido—la dije yo, harta de tanto cuchicheo que a nada práctico conducía—, todas ardemos en deseos de saber cómo terminaría el pasional terceto de la otra noche. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí—contestó ella, sonriendo.

—Y como ninguna se decide a preguntároslo directamente, yo me dirijo a ti para que nos saques de dudas. ¡Si fueses tan buena!...

Suplicada así, Olvido no tuvo más remedio que declarar: .

—Ya lo sé. Vuestra curiosidad no se me ha escapado. Quizás por tanto empeño estaba yo dispuesta a no deciros nada. Pero pidiéndomelo tú, Rosita, ¿cómo he de negarme? Ea, vas a saber...

Y agregó:

—Desde el primer momento me enamoré perdidamente de Luis, que es así como se llama ese hombre. Tenía un yo no sé qué en la mirada, en la palabra, en sus gestos todos, que vencía mi

voluntad. En seguida se dió él cuenta de la amorosa influencia que ejercía sobre mí. Quizás por eso no me estimara con ese exclusivismo que exige el verdadero amor.

Y suspirando:

—No tuvo inconveniente en decirme que, aun cuando yo le gustaba extraordinariamente, Milagros constituía su gran pasión. Y no sufrí. Se halla tan en mi alma Milagros, que amarla a ella es tanto como amarme a mí. A pesar de que mi corazón era todo de aquel hombre, no sentí celos, sino que me consideré dichosa con el cambio, y así se lo manifesté. ¿Qué supuso él entonces? ¿Qué sospechó? ¿Qué malsanas ideas le ganaron? Cuando Milagros se acercó sonriendo a nosotros, él la acogió apasionadamente, y pronto mi amiga cayó en la pérfida red que eran los ojos negros de Luis. Para las dos tuvo frases de amor y de esperanza. Las dos le escuchábamos embobadas, sin reflexionar, tal vez llevadas por nuestras almas, que sólo una forman, en que aquel hombre no podía partirse en dos. Eramos como una sola mujer, prisioneras de un solo amor por un único hombre. Y nos considerábamos felices, como si ese hubiese sido, desde hacía mucho tiempo, nuestro común ideal. Porque, Rosita, a pesar de todas vuestras malicias, entre Milagros y yo no ha habido nunca sino la pureza de un cariño muy grande, sin mezcla de vicio alguno, en el que, cuando más, florece de cuando en cuando un beso

de infinita ternura, como esas inocentes margaritas que ponen caprichosos puntos de blanca pureza en la apacible sábana verde de los prados...

Y luego de esta poética definición de una gran amistad, Olvido hizo una pausa para añadir seguidamente:

—Seguimos a Luis, al salir del cabaret, de una manera naturalísima, ajenas a toda idea malsana, sin sospechar lo que aquel hombre se proponía, creyendo tan sólo que a mi me dejarían en la puerta de mi casa y Luis y Milagros irían tras el amor. Pero esto de una manera vaga, sin reflexión. Y, Rosita, en vez de esto, Luis nos hizo subir a una discreta *garçonnière* que tenía instalada en un piso segundo de la calle de las Huertas, so pretexto de apurar entre los tres una botella de jerez, en unión de unas pastas, y una vez allí...

Olvido se interrumpió. De buena gana se hubiese ahorrado el resto del relato; pero, como era lo mejor, yo no me resigné a ello e insistí:

—Sigue, mujer. Los hombres... ¡ya sabemos! Más que me puedas decir, me ha sugerido ya mi pensamiento...

En Olvido, ante mi insinuación, todo protestó. Sintiéndose ofendida, me dijo severamente:

—¡Ah! Pero ¿es que tú crees...?

Me apresuré a tranquilizarla:

—No, no. Yo no creo nada. ¡Qué voy a creer! Lo que sí te digo es que los hombres son capaces

de todas las villanías y por ello no me sorprende que ese Luis os hubiese propuesto...

Olvido serenóse, y luego, sonriente, agregó:

—En la *garçonnière,* en cuanto apuramos unas cuantas copitas de jerez, nos invitó a que nos desnudásemos. Nos negamos, como movidas por una misma idea. Nos besó. Sus besos parecieron apagar el fuego de amor que hacia él experimentábamos... Y todo quedó roto, deshecho, cuando nos dijo: «Vosotras os queréis mucho. Y yo mucho también os quiero a las dos. ¿Por qué no os amais aquí, ante mí, que yo os vea?... ¡Os querré yo tanto luego a las dos!» Aquellas reveladoras palabras, Rosita, fueron para nosotras algo tan cruel, tan canallesco, tan abyecto, tan profanador, tan yo no sé cómo, que Milagros y yo nos contemplamos llenas de dolor y de vergüenza, heridas en lo más profundo de nuestro ser, hollado nuestro pudor... Sentimos desde aquel momento, un odio terrible hacia aquel hombre, y levantándonos, como movidas por un mismo resorte, de la silla en que nos hallábamos, nos dirigimos hacia la puerta, lanzando Milagros estas palabras al insensato: «Vámonos, Olvido. Este sinvergüenza se ha equivocado.» Y, Rosita, voy a hacerte ahora una declaración trascendental, que quiero que guardes para ti sola: a partir de aquel instante, se alzó entre Milagros y yo una barrera infranqueable. Nuestras bocas no han vuelto a unirse. Nuestras manos no se han juntado. Nuestras miradas se huyen. En nuestras sonrisas hay un diablillo perturbador que nos sugiere obscenidades... Y yo no sé, Rosita, yo no sé, en qué va a terminar esto...

¿En qué había de terminar, Pedrito guapo? ¿Verdad que, como lo adivinas, yo no necesito decírtelo?...





OY a contarte ahora, Pedrito adorado, la más truculenta aventura que en el cabaret me acaeciera. Es una cosa peliculera, increíble. Y estoy segura de que si yo no tuviese la certeza de que tú me crees incapaz de darte gato por liebre, te echarías a reír burlonamente, al terminar mi relato, diciéndome: «Mira, Rosita, cuéntame ahora uno de piratas.»

Esto que ahora voy a referirte, Pedrito, es verdad, muy verdad. Y si en vez de contártelo a ti gratuitamente, se lo vendo a la Paramount, seguro que me hincho de dólares.

Sucedió, Pedrísimo de mi existencia, que una buena noche, ya en las postrimerías de mi estancia en el cabaret, se presentaron allí dos sujetos que, alternando con nosotras, se empeñaron finalmente en que Lolita y yo, en cuanto terminá-se-

mos en el establecimiento, les acompañásemos a almorzar a Villalba, donde uno de aquellos dos hombres decía poseer un discreto hotelito. Habíamos bebido champán en abundancia, y ellos demostraron ser gente de dinero...

A pesar de su prodigalidad y su animadora alegría, yo no había llegado a simpatizar grandemente con ninguno de los dos sujetos, ambos de edad aproximada, rayana en los treinta años, morenos y de ese aspecto indefinible que lo mismo caracteriza a un aventurero sin conciencia que a gente enriquecida en los muchos, fáciles y productivos negocios que hay en la vida, a pesar de los infinitos seres que, sin suerte, sin rumbo y con unas honradísimas ganas de trabajar, se mueren de hambre en este absurdo mundo.

Ricardo y Matías se llamaban mis dos personajes. Ricardo para Lolita y Matías para mí. Ricardo era el más guapo y el que parecía más hombre de bien. Matías, con su nariz chata y su torvo mirar, antojábaseme en los preliminares de esta aventura, persona de no muy claras intenciones.

Los dos parecían estar grandemente entusiasmados con nosotras. Y nos mimaban y nos regalaban y nos hacían mil promesas para que aceptáramos sus proposiciones.

Todo su empeño, desde el primer momento, hallábase concentrado en que les acompañásemos al amanecer al hotelito de Matías en Villalba.

Bailamos y bebimos abundantemente en el cabaret. Más de una vez la boca de Matías, buscando mis labios, se estrellara contra el doble parapeto de mis dientes, que, como tú sabes demasiado, Pedrito, forman en mi boca una estupenda y blanca avanzada, presta a repeler todos los ataques.

Llegada la hora de retirarnos del cabaret, en cuanto Lolita y yo lográramos tener un aparte, nos consultamos:

—¿A ti qué te parece, Rosita?—me preguntó Lola.

—A mí esos hombres, a pesar de todo, no me dicen gran cosa.

—A mí tampoco; pero...

—¿Qué?

—Resultaría tan agradable ahora, con la fresca de la mañana, dar un paseíto en auto hacia la sierra...

—Bueno. Pues si no te parece mal y te decides, por mi parte, vamos.

—Sí, vamos. Yo no tengo mucho sueño y agradeceré más tomar el aire puro. ¿Y tú?

—A mí me da lo mismo.

—Pues vamos.

Y momentos después un taxi nos conducía hacia Villalba a Lolita y a mí, acompañadas de Matías y de Ricardo.

El trayecto fué felicísimo.

La mañana era espléndida. Un fresco airecillo



Hizo cara a las dos mujeres

nos azotaba el rostro agradablemente. El Guadarrama, a medida que a él nos íbamos aproximando, nos enviaba sus salutíferos aromas, que nuestros pulmones, luego de la atmósfera malsana del cabaret, aspiraban con deleite.

De pronto, el auto se detuvo. Estábamos en Villalba. En Villalba y ante un hotelito de misterioso aspecto, enclavado en las afueras del pueblo, a pocos metros de la carretera y a espaldas de la vía del ferrocarril.

Matías se apeó el primero del vehículo, y sacando una llavecilla de su bolsillo, la introdujo en la cerradura de la puerta de acceso, que se abrió.

Silenciosas y un tanto sobrecogidas, Lolita y yo penetramos en el hotel, precedidas de Matías, mientras Ricardo, en la retaguardia, sonreía...

Por lo menos así me lo pareció a mí al volver atrás la cabeza en un inconsciente movimiento.

Y ahora va lo bueno, Pedrito; ahora es cuando verdaderamente comienza lotruculento de mi relato. Escucha...

Una vez cerrada la puerta tras nosotros, nos adentramos en el hotel, que desde el primer instante nos pareciera sospechoso.

Las ventanas se hallaban herméticamente cerradas, sin dejar penetrar en la vivienda el menor claror del día. Yo creí que aquello era circunstancial y que lo primero que Matías habría de hacer era abrir de par en par las ventanas para que

el aire puro de la Sierra penetrase en las habitaciones de aquella casa, evidentemente deshabitada; pero mi conquistador, en vez de esto, encendió cuatro grandes cirios que sostenían sendos candelabros instalados en los extremos de la estancia aquella, y dijo, lo más seriamente del mundo:

—Acabáis, jovencitas, de tomar posesión de mi casa... de campo.

Lolita y yo cambiamos una mirada de miedo y de desconfianza, y hasta hicimos ademán de retroceder hacia la puerta por donde acabábamos de penetrar en la tumba aquella, que tal parecía, como si quisiéramos escapar.

Pero Matías, aproximándosenos, nos sonrió, y nos dijo fina y resueltamente:

—Hijitas, no hay por qué tener miedo. Cada uno tiene sus gustos, sus manías... Soy así, y así habréis de tomarme. Por lo demás, yo sé organizar un programita, y con éste que voy a ofreceros no creo que os aburriréis, porque si bien parece un poquitín macabro, no me negaréis que como original sí que lo es.

Claro que estas palabras no nos tranquilizaron, porque, ante todo, se imponía el extraño decorado de aquella fúnebre estancia en que en mal hora penetráramos.

Se trataba de una habitación de unos cuatro metros cuadrados, cuyas ventanas, herméticamente cerradas, como ya dijera, se abrían en la fachada principal del hotel. Las paredes estaban cubiertas con negros crespones, y el suelo, de una espesa alfombra negra. En los extremos de la estancia, como ya indicara, cuatro candelabros, sobre los que se alzaba la amarilla silueta de sendos cirios, que, encendidos, hacían más tétrica la extraña habitación. Y en el centro de ésta, Pedrito, en forma de ataúd, no osando alzar su lomo del suelo, se hallaba un lecho, cubierto con una negra colcha; un lecho, si así podía llamársele, largo y estrecho, y cuyas sábanas eran, asimismo, negras. ¡Yo creo, Pedrito de mis sueños de amor, que hasta la lana del colchón, así como la funda de éste, debían de ser también negros!

Permanecimos un instante silenciosos. Luego, rodeando amorosamente mi cintura, Matías se inclinó hacia mi cuello y, besándome dulcemente, murmuróme:

—¿Qué, nenita? ¿Te gusta mi habitación? Es un extraño y lindo nido, ¿verdad? ¡Oh! ¡Aquí el amor es algo excelso! Tu carne, tu blanca belleza, ha de resplandecer en semejante decorado como en parte alguna! Y vas a ser dichosa entre mis brazos como jamás lo fuiste. Sé yo de caricias inauditas, que te harán enloquecer. Sé yo prolongar el placer hasta el infinito, como es la muerte, cuyo remedo es esto que aquí ves. Aquí las horas no se cuentan. Son cortas y son largas. No se sabe. Están hechas de goce. Es como si, muerta, te sumergieras en esa gloria que los cre-

yentes anhelan. Besos, suspiros y gemidos de placer. Morir para resucitar de amor. Resucitar para morir de deleite. Sé mía sin miedo, sin escrúpulo, con toda tu sangre, con toda tu juventud. Sé mía sin tasa, Rosita, y yo te haré feliz como nunca lo fueras. Sé mía...

Sus manos habían ido corriendo a lo largo de mi cuerpo en caricia; su boca murmuradora, al decir estas últimas palabras, se había detenido en mis labios y comenzara a besar suave, sutil, incansablemente, en besos que iban poco a poco penetrando en mi organismo y anestesiando mi voluntad, acallando mi miedo, sumiéndome en un delicioso nirvana, conduciéndome a un extraño paraíso en donde todo era silencioso y funerario, en donde el amor y el deseo, unidos, parecían aspirar a la eternidad...

Y en esto, Lolita y su compañero habían desaparecido, sin que yo, mecida por el canto de sirena de aquel hombre, me hubiese dado cuenta de ello.

Y ya, a partir de aquel instante, quedé anulada, suprimida de la vida. Me hallaba en otro mundo. Estaba, mejor dicho, como enterrada, para ser divinamente dichosa. Porque, Pedrito de mi corazón, mi existencia perteneció a aquel hombre por entero, sin cortapisas, como si, fallecida, hubiese captado mi alma para conducirla a aquel macabro paraíso de la voluptuosidad.

—¡Matías!—gemí dichosamente.

—¡Rosa de mi vida, enterrada aquí!—murmuró él.

Y de nuevo nuestras bocas se fundieron en un beso sin fin, como aspiraba a serlo nuestro deleite.

Poco a poco, sin que nuestras bocas se separaran, Matías me fué desposeyendo de mis vestidos. Quedé, al fin, inmaculadamente blanca...

Matías se separó de mí y abrió el lecho...

¡Negrura hasta en su propia entraña!

Mi cuerpo debía de recortarse allí más en relieve y en armoniosidad que nunca.

Matías murmuró:

—Rosita, por la Rosita que muriera, dí así, conmigo, esta profana letanía...

Y sin más alma que su alma, sin otra voluntad que la suya, murmuré con aquel hombre:

—¡Bendito sea el amor, porque en él existe el grito supremo de la voluptuosidad victoriosa! ¡Bendita sea la voluptuosidad, porque ella es soberana de la carne y triunfadora de la muerte! ¡Bendita sea la muerte, porque en el estertor supremo del que muere hay algo de la divina esencia de la voluptuosidad! ¡Salve, voluptuosidad, salve!

Yo decía esto como un eco, con los ojos semicerrados, poseída de una extraña emoción, aureolada por un silencio que tan sólo el melancólico chisporroteo de los cirios quebraba.

Matías volvió a decir:

—Que los que delinquieran por amor sean sal-

vos, y sea para ellos el premio en vez del castigo. ¡Que la pecadora sea bendita, porque ella puso su vida, y su libertad, y su honra a los pies invictos del amor! ¡Que los que se extraviaran en el ardiente paraíso del placer voluptuoso sean exaltados, porque ellos caminaban hacia el más allá, porque ellos quisieron superarse! ¡Y que sean malditos cuantos se opusieron en la vida al más delicioso de los placeres, a la más excelsa de las sensaciones humanas, al grito sincero que va del alma al corazón y de las entrañas a la garganta para proclamar el triunfo de la vida!

Y yo seguía slendo el eco de aquel hombre o de aquel diablo, que poco a poco habíase ido desposeyendo de sus vestidos para venir a extenderse a mi lado...

Matías siguió:

—Y ahora, ¡oh encantadora criatura, que el diablo, por mi mediación, llevara a las entrañas de la tierra para hacerla infinitamente dichosa!, sé feliz.

Me sentí prisionera de unos brazos, aplastada, hundida, frenéticamente amada...

Ahora sí, ahora ya estaba muerta. Y mis suspiros de alma que se escapa de la mísera envoltura corpórea, se perdían en lo negro, se fundían con lo negro, morían en lo negro, se embotaban en lo negro, sin lograr traspasarlo. Y las lenguas largas y amarillas de los cirios, lenguas de fue-



La amarilla silueta de los cirios...

go, parecían ahora proclamar la apoteosis de mi carne en llama.

¿Rosita? Rosita no existía. Rosita se había redimido. Era del Diablo, era de la Sombra, era de la Sensación, era de la Muerte, era de todo menos de su cuerpo, que el placer volatilizara...

¿Cuánto tiempo duró todo aquello? ¿Cuántas veces fuera el no ser, y fuera la resurrección, y fuera el divino trasmutarse?

Ya lo dijo él: «Aquí las horas no se cuentan. Son cortas y son largas. No se sabe. Están hechas de goce. Es como si, muerta, te sumergieras en esa gloria que los creyentes anhelan.»

Gloria o infierno. ¡Qué sé yo lo que fué aquello!

Pedrito, cuando salí de aquella tumba—¡gloriosa tumba de amor!—era ya de noche, y eso que allí penetrara apenas nacido el día...

En el jardincillo del hotel, sentados en dos sillones de mimbre, Ricardo y Lolita se hallaban.

Nos aproximamos a ellos. Parecían felices. Lolita reía, optimista.

—¿Regresamos a Madrid?

—Inmediatamente—contestó Matías.

—Yo tengo un hambre feroz—murmuró Ricardo.

—Y yo—declaró Lolita, sonriéndome, misteriosa.

—Es natural—dijo Matías—. Llevamos más de catorce horas sin probar bocado.

—¡Quién lo diría!—murmuré yo.

—En mi paraíso rosa y negro—insinuó Matías—,

el hambre y la sed, esos dos terribles males, no existen.

¿El paraíso rosa y negro? No comprendí en aquel instante lo que aquellas palabras querían significar. Más tarde, cuando Lolita y yo nos quedamos, al fin, solas, ella me dijo:

—El paraíso rosa y negro... ¡Claro! Tu... paraíso ha sido negro, Rosita; el mío... ¡de color de rosa!

Verdaderamente, Pedrito, en la vida hay seres excepcionales que saben ir más allá... de la Cuesta de las Perdices.





STÁS ya esperando, Pedrito, quizá con impaciencia, que te cuente cómo salí del cabaret. ¡Mi última aventura! No, Pedrito, no he de contártela. Hay cosas en este mundo que no se pueden, que no se deben decir.

Y no me mires con esa cara de espanto. No es nada grave. Es... ¡Vaya! No puedo decírtelo. ¿Verdad que me perdonas?

Mira. La vida ha de seguir. Y también nuestro cariño. ¿Por qué no? ¡Yo quisiera que fuese el último de mi vida! Ya ves. Entonces, al correr del tiempo, en una tarde gris, muy gris, cuando toda yo se halle bañada en melancolía, te estrecharé contra mi corazón, y muy bajito, muy bajito, la Rosita de tu vida te contará por qué salió del cabaret, su última aventura de cabaret...

Hasta entonces, Pedrito, ¡perdóname!

Yo, de muy buena gana comenzaría ahora diciéndote...

¿Ves? Es la segunda tentativa. Y no puedo, Pedrito, no puedo...

¿Por qué será?

A veces, en el camino de nuestra vida hacemos un alto, sin que motivo alguno lo justifique.

¿Por qué?

Tal yo ahora.

Descansemos, Pedrito, y sígueme queriendo hasta que llegue ese momento en que mi corazón se ha de abrir espontáneamente, como una rosa...

Entonces hablaré; entonces, sin necesidad de que me implores tanto como en este momento me estás implorando con la mirada, tu Rosita te contará su última aventura de cabaret, la más triste, la más picaresca, la que dejará en mi corazón y en mi alma una huella tal que...

¡Y van tres intentos Pedrito!

De nuevo me detengo, y ahora definitivamente. Ya ves que mi corazón se cierra, que mi alma no quiere dejar escapar su secreto.

¡Ya hablaré, hombre, ya hablaré! ¿O es que crees que no puede contener mi ser secreto alguno?

Bésame, Pedrito, bésame. ¡Y perdona, por ahora, mi silencio!

FIN

LEA USTED

LA NOVELA FAMOSA

Publicación quincenal

UNA PESETA